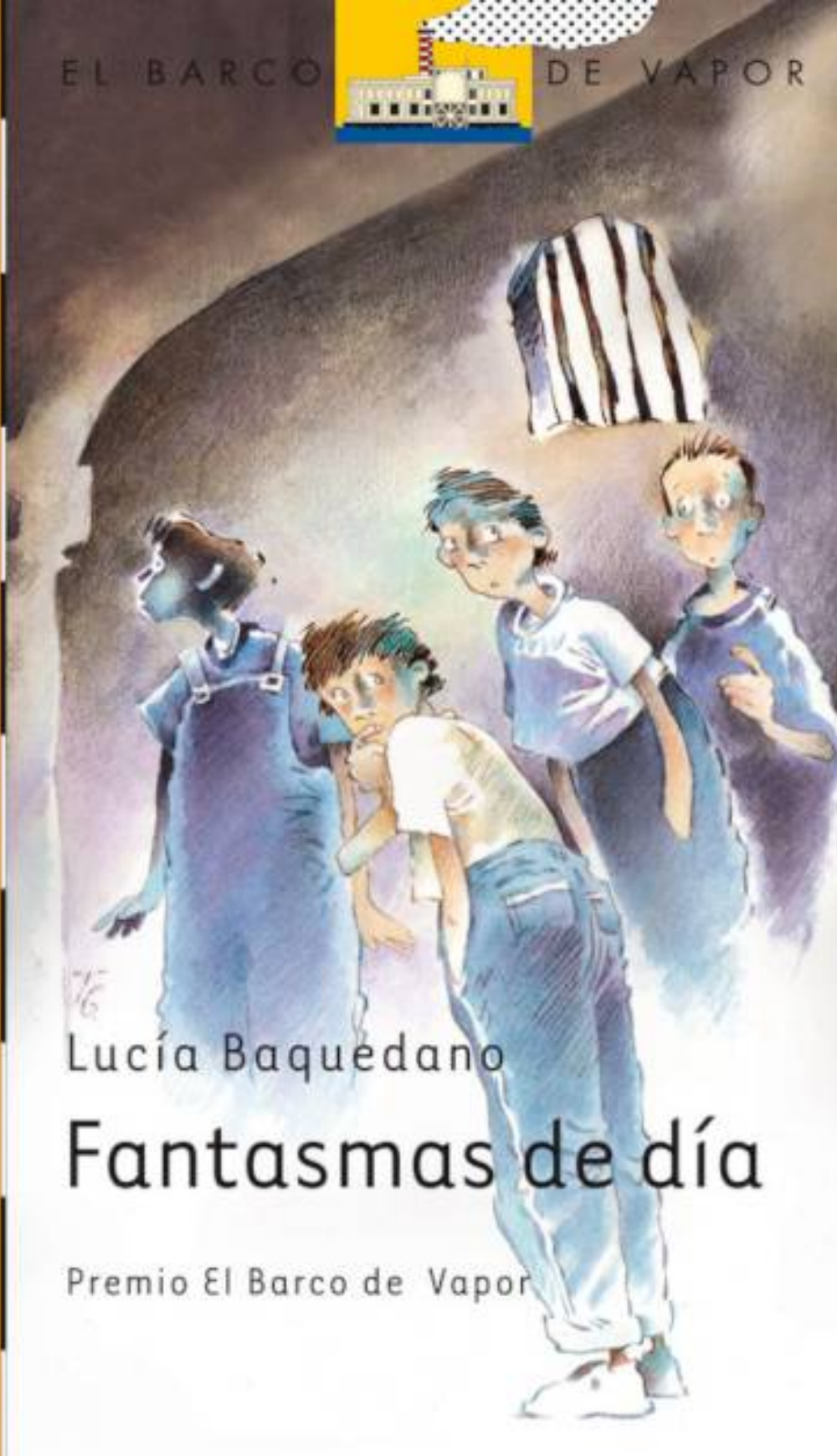


EL BARCO



DE VAPOR



Lucía Baquedano

Fantasmas de día

Premio El Barco de Vapor

sm

A Clara

1

CUANDO me morí, no lo entendí muy bien. Quiero decir que no supe cómo había sido. Ni siquiera sabía que estaba muerto, y cuando oí decirlo a los otros me dio rabia no haberme enterado de cómo me había muerto. Por eso empecé a pensar en lo ocurrido el día anterior, desde que me encontré con Seve.

Se veía que estaba de muy mal humor, porque fue todo el camino azotando con un palo los hierbajos. Seve siempre azota los hierbajos cuando está enfadado.

—Y ahora quiere que vuelva para estudiar y me ha buscado un profesor de sociales y francés. Estoy seguro de que será insoportable -dijo de repente.

—¿Quién?

—El profesor, ¿quién va a ser?

—Pues a mí me parece que el profesor no te puede obligar a volver a tu pueblo. Además, el colegio estará cerrado y no creo que lo vayan a abrir solo para ti.

—Dice que me dará las clases en el comedor de mi casa.

—Eso será si tu tía le deja. Tu tía tiene un genio horrible y no creo que quiera que un profesor entre en el comedor solamente porque a él se le pone en las narices.

—No lo entiendes. Al que se le ha puesto en las narices lo de estudiar en verano es a mi padre. Lo que yo digo..., ¿qué importancia tiene lo que hicieran los hombres de hace cientos y cientos de años?

Me pareció que tenía razón, así que se lo dije. Y de momento se puso muy contento, pero enseguida volvió a pensar en lo de los insuficientes y el profesor y se puso muy triste.

—No sé por qué tiene que pensar que mi actitud es negativa. Negativo es aprender las cosas que han pasado, porque ya no sirve de nada.

Yo le dije que estudiaría muy a gusto las cosas que van a pasar... Tú figúrate, si en el libro pusiera que el dieciocho de agosto de dentro de cinco años invadirán España los rusos, nosotros podríamos ir ya preparando la contraofensiva y sorprenderlos en los puntos estratégicos.

—Estudiar así, sí tendría sentido. Sería útil.

—Pero ellos nunca escriben los libros antes de que pase la historia... Además, lo tomó a mal..., el profe, quiero decir. Le contó a mi padre que, además de decir tonterías, yo le estaba tomando el pelo por todo lo que puse en el examen de estudiar la historia antes de que pase, y ahora mi padre está enfadado conmigo.

—Sí. Los padres se ponen furiosos por cualquier cosa. ¿También has cateado el francés?

Seve suspiró fuerte.

—También. ¿Y has visto tú mayor tontería que aprender francés?

—Bueno..., sirve cuando vas a Francia. Un día fuimos nosotros con mi madre y, como sabe francés y quería comprarnos pantalones, se entendió con la de la tienda.

—¿Y por qué hay que ir a Francia a comprar pantalones? -gritó Seve-. Cualquiera diría que aquí no hay pantalones-Mira, mira a tu alrededor y los verá a miles... ¡Pantalones! ¡Pero si no se ve otra cosa!

Yo miré a mi alrededor y solo vi dos vacas y algunas ovejas y ninguna tenía pantalones; pero no se lo dije a Seve porque, como estaba tan triste, me daba pena.

—¿Tú no sabes lo que pasó en Babel hace cientos de años?

Yo tenía alguna idea; pero, como a mí tampoco me gusta estudiar la historia de las cosas que ya han pasado, se me olvida todo enseguida.

—¡Bah!, esa es otra clase de historia -me contestó cuando se lo dije-. Es de unos hombres muy orgullosos, que querían hacer una torre que llegara hasta el cielo para ser tan altos como Dios. Y entonces, Dios los castigó y les cambió las lenguas, y como unos hablaban en francés, otros en inglés, otros en catalán, otros en ruso y otros en sudamericano, no se entendían nada y se quedaron sin poder terminar la torre, porque a lo mejor iba el arquitecto y le pedía al aparejador los planos y el aparejador le daba un alicate, y el carpintero le pedía al albañil los clavos y el otro le pasaba el berbiquí.

—¡Ahí va! ¿Y eso qué es?

—¡Yo qué se! ¿Cómo quieres que lo sepa si me obligan a estudiar sociales y francés que no sirven para nada, cuando hay tantas cosas útiles que no me dejan ni mirar?

Y Seve empezó a lamentarse de que acabaría siendo un ignorante por obedecer a su padre, a quien los maestros engañaban con eso del francés. No le dejé continuar, porque me interesaba más saber cómo terminó lo de la torre, y hasta qué piso construyeron, pero no lo sabía.

—Y claro..., lo que yo le dije a la señorita: si lo de los diferentes idiomas es un castigo que Dios nos dio, ¿por qué los hombres seguimos tan orgullosos que todavía no nos hemos dado cuenta de que no debemos derrochar nuestras energías estudiando otras lenguas? ¿Por qué no nos decidimos a hablar todos en la misma?

Le miré con admiración. Jamás me había dado cuenta de lo listo que es.

—Oye, ¿y qué lengua podría ser?

Me miró, sorprendido de que yo fuera tan tonto.

—¿Cuál ha de ser? ¡El español!

—A mí me parece muy bien, pero me da miedo que a lo mejor los franceses prefieren que se hable en francés, y los italianos en italiano, y los ingleses en inglés y, como se pongan cabezones, a lo mejor no quieren colaborar.

—¿Cómo no van a querer? Todo el mundo sabe que el español es el idioma más fácil. Está claro, ¿no?

—No sé...

—¿Cómo que no sabes? El español se aprende sin estudiar, cosa que no ocurre con las otras lenguas. ¿Has estudiado alguna vez español?

—No.

—¿Sabes hablar español? —Sí.

—¿Has estudiado inglés? —No.

—¿Alemán? —Tampoco.

—Pero ¿sabes inglés o alemán? —No.

—Pues ahí lo tienes. Bien claro. Sabes español sin haberlo estudiado y no sabes otros idiomas porque no los has estudiado, porque son idiomas que si no los estudias no se aprenden, y mira el español... ¡Si hasta los niños más pequeños hablan español!

Empecé a pensar, una por una, en todas las personas del pueblo, y resulta que Seve tenía razón. Todos sabían español. Incluso el primo más pequeño de José Ignacio, que todavía duerme con el chupete puesto, y Macario el peluquero, que es tartamudo.

—Sería estupendo -le dije a mi amigo-. Imagínate, todo el mundo hablando español. Podríamos ir a cualquier país y entendernos los unos con los otros, y no tendríamos que estudiar otros idiomas... Porque, además, hay veces que no te entienden en Francia, porque mi madre aquel día también quería comprar unos guantes para regalarle a mi abuela, y eso sí que no lo entendían. Trató de hacerse entender con mímica, y le sacaron una crema para las manos. Y dijo algo así como «¡mi-

tones!» y le enseñaron una caja de botones. Por fin, mi madre le dijo a mi padre: «¿Sabes tú cómo se dice guantes?». Y entonces fue cuando la señora de la tienda la entendió, porque resultaba que sabía español. Las dos se rieron mucho cuando lo averiguaron.

—¿Lo ves? La francesa sabía español, y seguro que no lo había estudiado. No hace falta estudiar español, porque es fácil. En cambio, tu madre no sabía decir guantes en francés, porque el francés es difícil. Pues fíjate, la señorita también se enfadó cuando se lo conté. Hablé con mi padre y le dijo que yo, o era un mal educado o deficiente mental. Y mi padre está empeñado en que no soy deficiente mental y la ha tomado conmigo. Sin embargo, yo creo que debería estar contento por tener un hijo fuerte y robusto, y lo primero que se le ha ocurrido es buscar un profesor y decirme que vuelva a casa, cuando mejor lo estaba pasando.

También a mí me pareció una injusticia. Seve viene al pueblo todos los veranos, a casa de José Ignacio, porque son primos, y se pasa bien con él. Y ahora a causa del francés, que es un idioma innecesario, y de la historia, que tampoco sirve para mucho, va y se lo llevan.

—Así que he pensado escaparme -dijo Seve.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Adonde piensas ir?

—Me da igual. Seguramente al monte, a vivir como uno que vi en una película, que se alimentaba de la caza y de frutos silvestres y de raíces y cosas así. Yo creo que lo pasaba muy bien. Lo único que necesito es una linterna y algunas herramientas para construir la cabaña, pero José Ignacio me las va a dejar.

Fuimos a casa de José Ignacio y lo encontramos de muy mal humor porque, cuando estaba preparando las herramientas, le pareció que el alicate estaba algo estropeado y, únicamente para ver si funcionaba bien, se había puesto a aflojar y apretar algunas cosas de la moto de su hermano. Estaba seguro de que al final había quedado todo bien ajustado; pero no se explicaba por qué, cuando su hermano iba montado en ella, se le había salido una rueda. Tampoco comprendía la bronca que le echó su padre si, después de todo, a Lorenzo no le había pasado nada. Ni tampoco, que su madre anduviera diciendo a todas las vecinas que se le había erizado el pelo cuando vio desde el balcón cómo la rueda se separaba del resto de la moto y rodaba dos metros por delante.

—Me van a quitar el dinero de la hucha para pagar el arreglo, y yo estaba ahorrando para comprarme una bici. Seve..., ¿sabes una cosa? ¡Que me escapo contigo!

Y los dos se pusieron muy contentos y empezaron a hacer planes olvidándose de mí. Yo me fui a buscar a Rodríguez para ver si quería hacer algo, pero aquel día nada me salía bien.

Rodríguez estaba castigado, y además castigado por una tontería que no lograba entender.

Le había dicho al boticario que su hermana Angelines tiene una foto suya en la mesilla. Me aseguró que era cierto; él la había visto y estaba seguro de que era él, porque un pelo como aquél no se puede confundir con otro. Pues bien, dijo que el boticario se había puesto coloradísimo, y que le dijo con voz entrecortada que no podía ser.

—A mí me ha parecido todo muy raro y, cuando estábamos comiendo, le digo a mi hermana: «Oye, ¿es o no es Víctor ese de la foto de tu cuarto? Porque se lo he dicho y no lo ha creído». Y también ella se ha puesto colorada, ha dicho: «¡Es horrible!», y se ha ido a su cuarto sin parar de llorar. Y mi madre, que va y dice: «¡Este niño es idiota!», y sube detrás de ella. Y todos los demás mirándome, como si hubiera dicho una monstruosidad. Ahora no me habla nadie, y Angelines dice que jamás se atreverá ya a salir de casa por mi culpa. ¿Tú lo entiendes?

Le dije que no. Además, Angelines es horriblemente tonta y muy presumida. A ninguno de nosotros nos gusta.

—He pensado en marcharme de casa, pero me da miedo aburrirme si voy solo. ¿Por qué no vienes conmigo?

—Porque yo no quiero irme. En casa todavía no me han hecho ninguna faena, pero Seve y José Ignacio se van a ir mañana. A lo mejor no les importa que te escapes con ellos.

Se notaba que Rodríguez estaba muy preocupado con todo aquel misterio de su hermana y de Víctor, el de la farmacia, porque no lo pensó más. Dijo que se iba inmediatamente a ver a Seve y José Ignacio para hacer planes, y me quedé solo otra vez.

Así que, como no tenía a nadie con quien estar, me fui a mi casa. Cada vez tenía peor humor, pensando que la culpa de que yo estuviera tan aburrido era de los mayores, que son tan raros y se enfadan por cosas tan tontas como las notas del colegio, las motos y las fotos. Si en vez de preocuparse por bobadas se dedicaran a pensar en que sería mil veces más práctico que todos los terrestres hablaran el español, la vida sería mucho más llevadera.

Y no es que a mí me disguste estudiar. Casi diría que me da igual. O por lo menos, cuando estaba vivo no me atrevía a dejar de estudiar, porque a lo mejor me reñían en casa. Prefería estudiar a que me castigaran; pero, si no me hubiera muerto, si llego a ser mayor y mando, me

hubiera ocupado muy seriamente de eso del español, de que lo hablaran en todo el mundo, porque es el único idioma que no se estudia.

Cuando mi madre dio aquel grito, pensé que la estaban matando. Hasta la tijera se me cayó de la mano del susto que me dio.

Pues no, y aunque no me creyeran no lo hice a propósito. Si ni siquiera me daba cuenta de lo que estaba haciendo...

Estaba distraído. Yo no sabía que eran las mejores sábanas de la casa ni que eran bonitos bordados. Ni siquiera sabía lo que eran bordados. Yo creía que eran flores cuando las recorté. Cogí la sábana del cesto de la ropa, mientras mi madre planchaba, y empecé a recortar. He recortado mil veces cosas de las revistas y nunca se han puesto así: que si no pienso en nada, que si soy esto, que si soy lo otro...

Y decidí que yo también me escaparía de casa.

2

NOS encontramos junto al viejo lavadero cuando aún no había amanecido. Faltaba José Ignacio, que siempre llega tarde a todas partes.

Le esperamos mucho rato y, como no llegaba, empezamos a pensar que habría decidido no escaparse. Faltó poco para que nos fuéramos sin él. Pero de pronto apareció dejándonos con la boca abierta, porque venía montado en un carro, con su mula y todo.

—¡Venga ya, subid! -nos dijo.

Se le veía encantado de la cara de admiración que teníamos todos.

El carro ya lo conocíamos, porque lo tenían en un cobertizo de su casa y hemos jugado mil veces con él, pero la mula era un misterio.

—La mula es de Jacinto, el lechero, ya sabéis -nos explicó-. La he tomado prestada. Cuando nos hayamos alejado un poco del pueblo, la soltamos, le damos una palmada en el anca y vuelve sola a su casa porque conoce el camino. La he visto hacerlo mil veces. He pensado que así nos habremos alejado bastante cuando en casa se den cuenta de nuestra fuga, y les será imposible encontrarnos.

Da gusto José Ignacio. Piensa en todo.

Nos montamos todos en el carro, que él llama tartana, y era una gozada porque tenía capota y todo, y nos fuimos a la carretera.

La mula era buena, porque le decíamos «¡jarre!» y empezaba a andar como si tal cosa, y cuando decíamos «¡sooo!» se paraba en seco. Rodríguez dijo que íbamos a volver loco al pobre animal con tanto arre y tanto so, y decidimos dejarlo en paz para que siguiera adelante.

A mí aquello me gustó. Ir al trote por la carretera en la tartana viendo cómo el pueblo se alejaba y cómo, poco a poco, se hacía de día.

Entonces empezaron a pasar coches y camiones que corrían mucho. Me alegré de que no nos viera mi madre, porque me haría bajar rápidamente de la tartana diciendo que era peligroso.

Cuando ya llevábamos mucho rato, decidimos meternos por un camino de monte, que es adonde queríamos ir. Además, Seve tenía miedo de que salieran a buscarnos y estaba seguro de que en la carretera general nos encontrarían enseguida. No estaba dispuesto a volver a su pueblo con el profesor de sociales y de francés.

—Lo único que siento es que voy a quedarme sin saber si mi tía obligaría al profesor a entrar en la sala arrastrando las bayetas con los pies. Lo tendría merecido por querer fastidiar a los demás con sus clases.

Y como ninguno entendimos lo de las bayetas, nos explicó que su tía los obligaba a entrar en la sala sobre unos trapos, como si fueran patines, para no manchar el suelo.

—Es una manía que tiene. No piensa más que en el suelo y lo limpia dándole cera. Tiene las maderas tan brillantes que, si te miras, te ves como en un espejo. Y se pone furiosa si se lo manchan.

—A mí no me importaría entrar en nuestro salón patinando en las bayetas. Debe de ser una gozada -dije.

—Pues mi padre se enfada. Teníais que oír las cosas que dice. Se pone de un genio... Y sé que el profesor también se enfadará, pero mi tía no le dejará entrar sin las bayetas. Y eso es lo único que siento, que no voy a poder ver quién gana, si el profe o ella.

—Ganará tu tía. Mi madre dice que tu tía es una Urrundi, y lo dice porque los que se apellidan Urrundi son cabezones -dijo José Ignacio.

—Pues yo no me creo una palabra de eso, porque también yo me apellido Urrundi y no me parezco nada a mi tía.

—Mi madre dice que te pareces a tu madre; pero como tu madre se murió hace muchos años, no podremos saber nunca si mi madre tiene o no razón.

—Ya.

Seguimos hablando de cosas así y, como íbamos distraídos comentando si los que se apellidan Urrundi son o no cabezones porque Rodríguez decía que su hermana es cabezona como ella sola, no pudimos ver bien lo que nos pasó.

Rodríguez dijo que fue porque un burro venía de frente, y quizá nuestra mula estaba en celo y se quería ir con él. Pero José Ignacio decía que las muías no tienen celos, que ocurrió porque había un pedrusco muy gordo en medio del camino y la tartana tropezó con él.

De todas formas, seguro, seguro no era nada, porque Seve y yo no vimos ni el burro ni la piedra, así que vete a saber si no fueron imaginaciones de los otros.

Lo único que sentí es que la tartana daba vueltas y más vueltas, y que el fondo del barranco iba subiendo, subiendo, hasta que, ¡zas!, chocó contra mi cara. Me parece que oí gritar, y a lo mejor eran mis amigos, que también se habían caído del carro, pero tampoco estoy seguro.

Al fin quedé tumbado en el suelo, y el cielo empezó a alejarse, y yo me dormí tan a gusto.

Después de mucho rato, sentí que alguien me movía; pero, como creía que estaba soñando, no hice caso. Después me colocaron una mano en el lado derecho del pecho, y oí la voz de Rodríguez que gritaba:

—¡Está muerto!

Su voz sonaba diferente a la de todos los días, como si estuviera muy asustado.

—No puede estar muerto. Este barranco no tiene mucha profundidad, al menos no tanta como para matarse..., a nosotros no nos ha pasado nada.

—No le late el corazón. Y cuando el corazón deja de latir, uno se muere.

Me encantó sentir que incluso Seve parecía asustado. Además, me emocioné al ver lo preocupados que estaban con mi muerte.

Era estupendo notar que me querían, como también yo los quería, aunque jamás me había dado cuenta de ello hasta ese momento. Levanté una mano para quitarles la preocupación, porque me daba pena verlos sufrir.

Pues bien, ellos, en lugar de agradecérmelo, dieron un paso atrás y se pusieron a gritar como conejos.

—¡Se ha movido!

—¡Se ha movido!

—¡Se ha movido!

Entonces, para que volvieran a quererme otra vez, volví a quedarme quieto y con los ojos cerrados. Hasta que oí cómo se acercaban de nuevo, primero Seve, luego Rodríguez, y al final José Ignacio.



Me dieron ganas de asustarlos otra vez; pero, como estaban tan callados, empecé a preocuparme, así que decidí dar un golpe de efecto. Me puse de pie de un salto, y grité:

—¡Estoy vivo!

Pero no se lo creyeron. Dijeron que mi corazón no latía y que, cuando el corazón deja de latir, es que uno está muerto. Entonces yo mismo me puse la mano en el pecho y me convencí de que sí, de que estaba muerto, porque si llego a estar vivo me hubiera muerto del susto. Era verdad. Mi corazón no latía.

—Pero no puede ser... -dije.

Y quise ser valiente, no asustarme demasiado, aunque tenía muchas ganas de llorar, porque de repente recordé que faltaban pocos días para mi cumpleaños. Y mi abuelo había dicho que a lo mejor, si me portaba bien, me regalaban una bicicleta de carreras, y es una faena morir precisamente cuando hay posibilidades de tener una bicicleta, porque yo creo que me estaba portando bien.

—No puede ser -repetí, porque quería convencerme a mí mismo de que morir no es tan fácil-. Si estuviera muerto de verdad, no podría hablar ni andar, y además os veo.

—Eso no importa. A lo mejor los muertos ven a los otros.

Empecé a sentir mucho miedo, porque ellos me miraban asustados, sin decir nada. Al fin, Seve se llevó la mano al pecho, se puso pálido, y empezó a tartamudear:

—A mí... tamp... tamp... taaampoco me... me... la... la... laaate... -gritó.

Rodríguez y José Ignacio también se palparon el pecho, cada uno el suyo, y los dos se pusieron pálidos. Pero ellos no podían hablar, ni siquiera tartamudeando, como Seve.

—¿Qué? ¿A vosotros tampoco? -pregunté. Y sentí un poco así como de remordimiento, porque me alegraba. En el fondo lo deseaba, porque más vale ser cuatro muertos que uno solo. Si ya es aburrido estar solo cuando se está vivo, cómo será ser un muerto solitario.

Los tres asintieron con la cabeza. Tenían un miedo... Como yo era el muerto más veterano, decidí que tenía que animarlos un poco, por eso, por lo de la experiencia.

—No es tan malo -les dije-. Uno no nota nada, no duele..., yo me siento igual que antes.

Seve se iba animando, porque ya no estaba blanco.

—Entonces... ¿es que nos hemos muerto todos? ¿Los cuatro? -preguntó.

—Seguro.

Pero me fijé que José Ignacio, que siempre piensa en todo, se pellizcaba en una mano, que es lo que suele hacerse para saber si se está dormido o despierto. Pero le dije que la muerte no es lo mismo, que se fijara bien y se convenciera de una vez que, si yo estaba muerto y podía hablar con ellos, era porque también ellos se habían muerto. Pero el muy tonto se resistía, no quería morirse por nada.

—Yo no me imaginaba que se pudieran ver unos a otros.

—Ni yo, pero ya ves que sí. ¿Tú me ves a mí?

—Con toda claridad.

—¿Entonces qué?

José Ignacio es así. Parecía que le había sentado mal eso de morirse. Para disimular, dijo que a ver ahora quién pegaría a la mula en el anca para que volviera con el lechero, que al fin y al cabo era una buena persona y por nosotros iba a quedarse sin mula.

Y nos miró con cara de mucho rencor, como si nosotros, y no él, hubiéramos tomado prestada la mula de Jacinto.

—Yo lo que me pregunto es dónde están los otros -dijo de pronto Rodríguez.

—¿Qué otros?

—Los otros muertos.

Tenía razón. Tenía que haber muertos. Muchos más muertos. Sabíamos de mucha gente que se había muerto antes que nosotros, y en algún sitio tenían que estar, pero por allí no se veía ninguno. El se había empeñado en que le gustaría encontrar a su tío Valentín, porque su padre decía que tuvo que dejar una fortuna escondida en casa, pero no la habían podido encontrar por más que miraron por todas partes.

—Quiero preguntarle dónde la guardó. Mi padre decía que no quería saber nada de guardar su dinero en los bancos y todo lo tenía en casa. Pero solo encontraron ciento setenta pesetas en el bolsillo de sus pantalones.

—No te va a servir de nada -le dijo José Ignacio-. Aunque te lo diga, que no creo que quiera, el dinero ya no te sirve para nada.

—No importa. De todas formas quiero hablar un rato con él. Me gustaría decirle quién soy y preguntarle qué tengo que hacer ahora. Mi madre dice que a cualquier sitio que se vaya viene bien tener conocidos.

—Es verdad -dije-. Creo que alguien debería decirnos qué tenemos que hacer ahora. Supongo que tendríamos que ir al cielo, pero yo no sé por dónde se sube.